

BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS



25  
CTS



Anagos, pastores  
y otros belenes

Un ciento de...



# La "Biblioteca de los Sin Dios"

lleva publicados los siguientes cuadernos, de muy esmerada presentación, preciosas portadas y excelente papel:

## BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS



«Jesucristo, homosexual». — 16: «El Santo revoltillo de la Misa». — 17: «Adán, Eva y Compañía». — 18: «3 decálogos por 3 = 30 mandamientos». — 19: «Pilato echa las muelas». 20: «El cuento de las vírgenes que paren». — 21: «Magos, pastores y otros belenes». — 22: «El Papa que parió». — 23: «Los Apóstoles y sus concubinas».

Cada cuaderno estudia, en forma amenísima y con gran copia de argumentos, un aspecto de la Mitología y el dogma cristianos.

Su autor es **AUGUSTO VIVERO** tan especializado en estos asuntos.

Precio de cada cuaderno: **VEINTICINCO CENTS.**

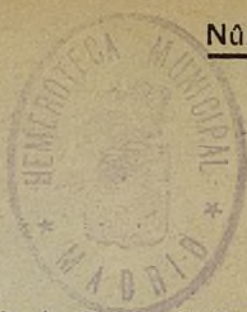
Se sirve toda la colección a reembolso, con el 30 por 100 de descuento.

Número 1: «Jesucristo, mala persona». — 2: «Las alegres abuelas de Jesucristo» (denunciada). — 3: «La absurda virginidad de María» (denunciada). 4: «¡Eso de las hostias!». — 5: «La farsa de Cristo Rey». — 6: Los chirimbolos del altar. 7: «La ignorancia de Jesucristo». — 8: «¡Vaya un Cielo el de la Biblia!». — 9: «Jesús santifica el matrimonio civil». — 10: «El pobre Diablo, en ridículo». 11: «Origen nefando de los conventos» (denunciada) — 12: «Dios Padre, pedrusco». — 13: «Cristo no fué cristiano». — 14: «El Sacramento Vaginal». = 15:



**AUGUSTO  
VIVERO**

Núm. 21



# MAGOS, PASTORES Y OTROS BELENES



BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS  
EDICIONES LIBERTAD  
**ROMA, 41.-MADRID**



ES PROPIEDAD

Imp. Campos — Pedro Heredia, 1 dupdo.—Madrid



## Magos, Pastores y otros belenes.

**T**RES árabes, a lomos de secos y fuertes dromedarios (1), adelantaban por el duro repecho nevado, entre la obscuridad nocturna.

Era el camino por de más angosto. Camino de montaña, encajonado entre peñascales desde la mísera llanura de los Refaim, y al que, junto con la nieve, tornaban resbaladizo las primeras lluvias del invierno.

El aire glacial del Oeste cortaba el rostro de los viajeros, cuyas carnes, hechas a la calidez de Arabia, estremecíanse bajo las negras sotanas sacerdotales. En lo hondo, a no más de legua y media, quedaba Jerusalén, yacente en la paz de las cosas vivas que viven de cosas muertas.

Ya en la cima, detuviéronse las fatigadas cabalgaduras, a quienes el andar trepando por riscos, a manera de cabras, debía producir honda extrañeza. Los tres hombres escudaron las tinieblas con ojos cansinos.

---

(1) «Hé aquí que unos magos vinieron del Oriente». Mateo, cap. II, vers. I. Con razón asevera Justino (Diálogo 78) que tal Oriente es Arabia,



A corta distancia, cuesta abajo, erguíanse las casucas de Betlehem, orgullosa con sus tres torres. Brillaban algunas luces en el poblado, poco menos miserable hoy que al irrumpir en los cuentos evangélicos, cuando sus docenas de ruines familias se alimentaban de un menguado comerciar con los nómadas del contiguo desierto.

Un poco al Sur, desviada del caserío, y en no muy grande planicie, enhiestaba sus vetustos paredones la iglesia de la Natividad. En aquel edificio destartado estaba la boca de la gruta donde nació el último de los hijos de virgen (2), el postrero de los dioses Rendedores...

—¡Ay!—gimió entre tiritones uno de los árabes, ovillado en la fardamenta de su corcel—. ¡Otro año en que venimos de nuestra sensual Arabia a este miserable villorrio, perdido en las asperezas de inhospitalaria serranía! ¿Y para qué? ¡Monstruosa leyenda!

—Fuímos sandios—murmura otro, dando diente con diente—, y el decoro nos manda seguir buscando aquella chistosa estrella. ¿No afirma San Ignacio que “los demás astros, con el Sol y la Luna formaban su cortejo, mas el resplandor de ella eclipsaba el de todos los demás astros juntos?” (3). ¡Ay! ¡Ni Dios la ha vuelto a ver! ¡Y se nos llama impostores!

—Impostor—salta el de antes—es quien nos hizo

---

(2) Véase en esta Biblioteca: «El cuento de las vírgenes que paren»,—(3) San Ignacio, «Ad Ephesios», capítulo XIX.



viajar de noche, y en invierno, por país de montañas, frigidísimo, lleno de fieras e infestado de ladrones. ¡Y sin una mísera escolta! ¡Y llevando tesoros!

—Y la impostura de llamársenos ahora: Gaspar a ti, Baltasar a éste, y a mí el negrito Melchor. ¡Ni soy negrito ni los audaces Evangelios nos bautizaron!

—¿Y qué?—replica, temblando, Baltasar—. No éramos judíos. Se nos daba un dátíl del inmundo Israel y sus matatías. No obstante, San Mateo nos hace abandonar patria, familia y religión para ir a Jerusalén preguntando grotescamente: “¿Dóde está el rey de los judíos, que ha nacido? Su estrella hemos visto en el Oriente, y venimos a adorarle.” (4).

—Tontuna odiosa—prosigue más irritado—. Si era un rey común, ¿qué nos importaba? Y si un Dios recién fabricado, igual. Por encima de esta negra sotana, que nos ha valido a los sacerdotes de Mitra el apodo de “Cuervos”; por encima de esta sotana que nos robaron los clérigos de Cristo, ¿qué llevamos? El cinturón de los cuatro nudos. ¿Y qué expresan los nudos?

—El primero—responde Gaspar—, que sólo hay un Dios, Mitra, el Sol, Padre del Fuego. El segundo, que la única religión verdadera es la de los magos. El tercero, que el profeta enviado a los mortales es Zoroastro. Y el último, que debemos ejercer buenas acciones.

—Sabido esto—continúa exasperado Baltasar—,

---

(4) Mateo, cap. II, vers. 2.



¿no constituye abuso intolerable que nos traigan a extender certificados de autenticidad a un Dios nuevo? ¡Y qué Dios! ¡Construido con un 75 por 100 del culto de Agni, el Fuego, y un 25 por 100 del culto de Mitra Sol! (5).

—Peor para el cristianismo—expuso el negro—. Nadie le quitará la tacha de tomar apoyo en la astrología, que hoy hace reír a todo el mundo. Porque, ¿quién, no siendo astrólogo, pensaría que una estrella señalase un nacimiento insigne? Sólo nosotros, los sacerdotes de Mitra; nosotros, los magos, representantes genuinos de “la ciencia caldea”, juntábamos el nacimiento, vida y muerte de los personajes a fenómenos de astronomía. ¡Y que un Evangelio garantice la sandez astrológica! ¡El colmo!

—Pero no lo extraño—prosigue—. San Mateo es coleccionista de viejas paparruchas. Recordad que la estrella de Venus condujo a Eneas desde Troya a los campos laurentinos. Que celestes luminarias guiaron a Trasíbulo y a Timoleón. Que César, la víspera de Farsalia, contempló la estrella Ira, invisible desde que él vino al mundo. Y que un cometa subrayó la muerte del grande hombre. ¡Patrañas del tiempo antiguo!

—¡Protesto!—alborotó un ave, chillando sobre los tres—. ¡Las supersticiones, al entrar en la Biblia, se llaman Revelación!

Disparóle Gaspar algo arrojadizo, y el volátil, prudente, huyó a todo vuelo.

---

(5) Véase: «El cuento de las vírgenes que paren».



—¿Y a qué nos trae aquí la Revelación astrológica?—clamorea Baltasar—. Para que adoremos a un Dios tardío, que nace en una cueva, como Mitra. Para ofrendarle oro, incienso y mirra que pertenecen al culto de Mitra. Para verle rodeado de pastores, como a Mitra (6). ¿Y por qué adorarle? Porque lo anuncia astrológicamente una estrella, como a Mitra. Porque ha de morir y resucitar, como Mitra. Porque ha de redimir con sus padecimientos a los hombres, como Mitra. Pues, para esto, nos basta con el Redentor y Mediador Mitra, nuestro “Señor”, el “Solis invicti”.

—Bien dices—apoyó Gaspar—; Ieschuah, hoy Jesús, es uno de tantos dioses solares, cuya vida se enlaza con el curso anual del Sol, y que nacen en el solsticio de invierno, cuando comienzan a crecer los días.

—Por eso—expone Melchor—, ¿qué hallamos al venir a este sucio rincón desconocido? Que la gruta de la Navidad es un antiguo Mitreo, caverna sagrada, que simboliza la matriz, resumidora del Cosmos. Que ahí se festejaba en 25 de diciembre el día “Natalis” de Mitra, hoy Nadal, Noel y Navidad. Y que la Iglesia, confesando su robo, canta el 25 de diciembre el himno *Sol novus oritur*, “Ha nacido un Sol nuevo”.

—Y encima—discurre Baltasar—se nos achaca venir por un hijo de virgen. ¡Nosotros, que en nuestra esfera armilar tenemos el signo de la Virgen, que la

---

(6) Lucas, cap. II, vers, 16-20.



representa con un niño en brazos! ¡Nosotros, que sabemos corresponde este signo zodiacal a la media noche del 25 de diciembre! ¡Virgencitas a nosotros!

Hizo Gaspar un gesto displicente.

—Si los magos—habló—anduviésemos a la husma de las estrellas que en religiones de tipo solar anuncian partos virginales milagrosos, llevaríamos andado todo el planeta. Mas bien sabemos que tales historias se reducen a lo de la virgen de Sais: “El fruto de mi vientre es el Sol.”

—Tres mil quinientos años antes del Cristo—expresó el negro, a quien el aguanieve quitaba el betún con que se tiñó para ponerse de acuerdo con la forma actual de la leyenda—hubiéramos tenido que ir a la India, guiados por un meteoro de luz: una virgen acababa de parir al redentor Cristna. Y seiscientos veintiocho años antes de Jesús hubiéramos vuelto allá. Que nació Buda de una virgen, anunció el suceso la consabida estrella, y acudieron reyes a adorar al niño. ¡Calderilla del Folklore religioso!

—¡Protesto!—vuelve a chillar el Palomo en lo alto. ¡El Folklore, cuando entra en la Biblia, se llama Revelación! ¡No hay más virgen que la mía! ¡Leedme, y os convenceréis!

—¿De veras?—ironiza el negro artificial, dándose betún por el rostro—. No ya tu María y otras antecesoras tuyas paren al Sol, sino que el Sol ha hecho parir a muchas vírgenes. Sí, Palomo. Unas veces, el Sol las fecunda sin decir ni pío, conforme acaeció a la doncella concebidora de Ulano, primer monarca de los tártaros de Précops. Otras veces, el Sol habla como



los ángeles que hacéis danzar en los Evangelios.

—¿Como el ángel que maneja Lucas en la Anunciación? ¡Protesto!

—¿No has oído mentar a Prita, la nena que tuvo Cristina? Ya núbil, la curiosona Prita quiso ver al Sol de cerca. Invocóle, vino él, galante, y, cuando ella se disculpaba humilde, díjola: “Mi presencia, ¡oh, mujer!, nunca puede resultar infecunda. He aquí por qué deseo hacerte madre, mas sin mengua de tu virginidad.” Hizo con ella lo que tú, Palomo, con María, y la doncella, quedando tan virgen como antes, tuvo a los nueve meses un hijo que refulgía como un nuevo Sol.

¡Reflauta!—se asombra el Palomo.

—Eso de hacer parir a las vírgenes—agrega el embetunado—resultaba muy común antes. En China, el Cielo no hacía otra cosa. Lee el antiquísimo diccionario *Chue Van* y aprecia lo naturalmente que explica el signo *Sing Niu*, compuesto de *Sing*, concebir, y de *Nui*, *virgen*. “Los antiguos Santos y los hombres divinos—dice mucho antes de nacer Jesús—eran llamados Hijos del Cielo, porque sus madres los concebían por la sola potencia del Cielo.” ¿Ves lo que abundaban allí las vírgenes paridoras?

Con otra particularidad—insiste—, que si el glorioso Heu Tsi nace como todos los niños, pero sin producir desgarraduras, lo usual era otra cosa. El gran Yu salió por el pecho de su madre. El célebre Sié, por la espalda. ¿No te abochornas?



Gimió el Palomo, llevóse las patitas a la cabeza y escapó como alma que lleva el Diablo.

—¡ Buen viaje!—comenzó el ficticio negro.

\* \* \*

—De todos modos—profirió enojado Baltasar, rascándose los sabañones de las orejas—, es inicuo cómo se juega con nosotros. Durante años y años se nos hizo venir a Betlehem la noche del 5 de enero. Acorraos. La comunidad cristiana, con su obispo al frente, venía por la tarde a la cueva de la Natividad. Tornábase luego, y aquella noche y toda la semana proseguía la liturgia en la iglesia de la Resurrección y en el Martyrion, conmemorando juntos—a estilo de otras religiones solares—el nacer, morir y resucitar del Cristo. Al fin, bien entrado el siglo IV, se mudó la Navidad al 25 de diciembre. ¿Por qué?

Dióle Melchor respuesta:

—Sin duda por advertir los cristianos que su Sol únicamente podía nacer en la fecha que nace Mitra.

—Sí; pero, ¿qué se hizo con nosotros para disimular el enjuague? Ascendernos a Reyes, igualándonos a los primeros adoradores de Buda, y movilizarlos también en la noche del 5 de enero, víspera de la festividad que se nos dedicó con el nombre de Santos Reyes. ¡ Inicuo y grotesco!

—¡ Chits!—bisbiseó Gaspar, castañeando los dientes de frío—. Alguien viene. ¿Alguna otra víctima de los Evangelios?

Cierto. Entre las sombras llegaba lentamente otra sombra.



—¡ Si es Herodes!—clamaron los tres árabes—.  
¡ Por aquí, rebanacabezas; por aquí!

\* \* \*

—¡ Ah! ¿ Sois los trotamundos?—dijo él riendo—.  
¿ Cómo van vuestras nalgas después de dos años enteritos a lomo de camello (7). ¿ Qué? ¿ Os trae la chifladura de buscar tan lejos lo que teníais tan cerca?

— Mira, idumeo — rezongó Baltasar enfadado.  
¿ Qué nos importa una nueva gruta mística? Conocemos aquella donde la enlutada Démeter, Madre Divina, pare al celeste Mitra. Y la gruta donde Rea pare a Júpiter. Y la gruta de Cibeles, Madre Divina, y de Attis, el dios que muere y resucita cada año. Conocemos la gruta de Astarté, Madre Divina, y de Adonis, el dios que anualmente sucumbe y resucita. Y la gruta de Dionysos, el dios que todos los años, en su templo de Elis, efectúa el milagro de cambiar el agua en vino. ¡ El mundo está lleno de grutas religiosas! ¿ Qué diablos puede interesarnos la que es plagio de todas las demás?

El feroz monarca no hizo caso.

—¿ Cómo—siguió—, en 25 de diciembre faltáis a vuestro deber ausentándoos de la gran fiesta natal de Mitra? ¡ Sois unos magos Codorniú! ¿ Y qué siempre a caza de la famosa estrella? ¡ Tontos! ¡ Si la tiene San Mateo guardada en su equipaje! ¡ Seguía ella tan

---

(7) Mateo, cap. II, vers. 7 y 16.



guasona con las leyes de la gravitación, tan empeñada en irse a Oriente para caminar dos años delante de vosotros a paso de camello! Y no sorprende. ¡ Con su costumbre de pararse si os parábais, de seguir andando si os poníais en camino!...

—¡ Herodes!—tronó Baltasar—. ¡ Que para bromas pesadas sobra con la de San Mateo!

Sin hacerle caso, continuó el salvaje monarca:

—¿ Y no os pasma que ningún historiador miente a vuestra gentil estrella-*cicerone*? ¡ Dos añazos luciendo para vosotros solitos! ¡ Qué cosas se le ocurren a Dios! Decidme. ¿ Tenía prismáticos la estrella para ver cuándo os deteníais? ¿ Os ha sido posible averiguar las leyes especiales con que la zarandeo San Mateo?

—Monarca—dijo severamente Melchor—, huelgan tus pullas. Los magos éramos versados en Astronomía. ¿ Cómo creer en una estrella que parece ir de paseo? ¡ Es un astro para patanes!

—¡ Ingratones, así la tratáis! ¡ Y eso que consuma la proeza, jamás igualada, de pararse en el cielo para indicaros exactamente dónde está el pesebre que os atrae! Pero, ¡ anda, que vosotros! ¡ Descubrir un pesebre por la posición de un astro en el cielo! (8).

Llegado aquí cambió de tono, y dijo, apostrofándoles:

—¡ Bausanes! ¿ Cómo no visteis de qué fuente judía sacaba Mateo los materiales para su fábula? La Iglesia sí lo ha visto. Por eso, de magos simples pasasteis

---

(8) Mateo, cap. II, vers. 9-11.



a ser los Santos Reyes del 6 de enero y los Reyes Magos de la chiquillería. Mateo ideó su episodio de la estrella leyendo en Isaías (LX, 5-7) este anuncio de la gloria tangible de Jerusalén: "*Pueblos y reyes andarán a la luz levantada sobre ti... Multitud de camellos te cubrirá: dromedarios de Madián y Efai, y todos los de Seba; traerán oro e incienso.*" ¡Si es claro como la luz, papanatas!

Baltasar apeóse de un brinco, y, frotándose las orejas, medio heladas, clamó furioso:

—¡Herodes! ¡Recuerda que ese Evangelio te hace más mentecato aún que a nosotros! ¡Hale, a buscar noticias históricas de tus niños asesinados!

—¡Bah!—dijo Herodes—. Quien haya leído a Flavio Josefo y el Talmud, sabe como yo era muy otro del imbécil Herodes que inventa el Espíritu Santo para su uso.

—La Historia, temible idumeo—concedió Gaspar—, te reconoce astucia y bárbaras despachaderas. Pero, ¿qué hace contigo el Espíritu Santo de San Mateo? Inspirarte bobadas tímidas. Cometemos, ¡oh Rey!, la barbaridad de ir preguntando por un recién nacido rey de los judíos extraño a tu familia, ¿y qué se te ocurre? ¿Nos trincas por agitadores, nos das jicarazo por estúpidos?

—¿Qué me importa el Espíritu Santo? Lee las "Guerras de los judíos", y verás cómo procedía yo ante una simple sombra de competencia (9).

---

(9) "Guerras de los judíos", ed. española de 1557, lib.I, cap. 17º.



—No hablo de libros serios. Hablo del Evangelio de San Mateo. Allí te nos asustas como una mu-jercilla, y todo Jerusalem contigo, aunque nadie vió la estrella. Te asustas, y yendo de estulticie en estulticie, te pones a pensar como un judío. Así, preguntas majaderamente a la clerigalla dónde había de nacer el “Untado con Aceite” (10). Y la clerigalla, no menos bodoque, te noticia que en Betlehem. ¿Causa? Porque dice que un tal Miqueas dijo ¡setecientos veinticinco años antes! que en Betlehem nacería un Dominador. ¡Idiotas puros, amigo Herodes! El tal Miqueas anunció ese nacimiento para antes de padecer los judíos al rey asirio Assur (11). Y al inventarse a Cristo-Agni-Mitra, ya no había ni reyes asirios ¡Seiscientos seis años antes desapareció el reino de Asiria! ¿Eh, qué tal los interpretadores y aplicadores de “profecías” mesiánicas?

El idumeo crispó los puños.

—¡De esa calaña—dijo—son todas las “profecías” concernientes a Jesucristo! ¡Todas! Verbigracia, en las Escrituras hebreas Isaías no dijo que “la virgen concebirá y parirá”, sino que “la muchacha—una con quien él se lía—concebirá y parirá”. Como, en efecto, le pare un chico a Isaías (12).

Detúvose un poco, y prosiguió más tranquilo:

—Oídme, magos de ayer, y hoy reyes magos: Si

---

(10) Mateo, cap. II, vers. 4.—(11) Miqueas, capítulo V, vers. 2 y 5.—(12) Véase nuestra obra «El cuento de las vírgenes que paren».



lo de Cristo fuese historia, no fábula, yo, al oír lo de Betlehem, envió media docena de soldados al miserable aldeorrio, me degüellan bonitamente a ese rey de los judíos que nunca reinó (13), y ¡pocas calamidades le ahorro al mundo!

—Conformes—asentó Baltasar—en que la conseja no tiene pizca de juicio. Tan bobo te hace, que al oír lo de Betlehem apechugas con ello, y entonces—¡a buena hora, mangas verdes!—nos reunes en secreto, para escamarnos con la pregunta de si hace mucho que apareció la estrella. Tan bobo, que en seguida nos mandas a Betlehem para que, superando tu asnería, te noticiemos si el niño está allí (14).

—¡Achacarme tal cúmulo de insensateces!—chilla Herodes I.

—Sobre todo—continúa el sacerdote de Mitra—cuando Jerusalem, tan asustado según San Mateo, no se vuelve a acordar del asunto.

—Creedme—vocifera el idumeo—. De haberme vuelto idiota para dejaros encaminar a Betlehem y que subrayase vuestra presencia un suceso desfavorable para mí, ¿no os pusiera espías? ¡Si al que asó la manteca se le ocurre! Sólo un pollino confiara en vuestros informes para quedar enterado de cosa tan grave. Y que acontecía, no en el fin del mundo, sino ¡a ocho kilómetros de Jerusalem! ¡Cuánta paparrucha!

---

(13) Idem, id., «La farsa de Cristo rey». —(14) Mateo, cap. II, vers. 3-8.



En esto, un coro de alaridos infantiles atronó los espacios.

—¡Zambomba!—exclamó Herodes—. ¡El ejército de niños que me hace degollar el Evangelio!

\* \* \*

Verdad. Repartida en batallones llegaba la muchedumbre de los Santos Inocentes.

—¡Ay, ay!—gemían—. ¡Somos 14.000! ¡Ay, ay! ¡Los 14.000 bebés que santifica el calendario griego! ¡Ay, ay!

Y diciendo ¡ay, ay! desfilaron ante los evangelistas, para después quedar cubriendo toda la cumbre del monte, toda la ladera y todo el camino hasta el país de Judá.

Uno de ellos, al parecer su jefe, se adelantó con la cortada cabecita debajo del brazo.

—Informales magos—expuso, vosotros sois nuestros asesinos. No volvisteis para informar a Herodes, y él se irritó mucho, “y envió y mató a todos los niños que había en Betlehem y sus alrededores, de edad de dos años abajo, conforme al tiempo que (tocante a la aparición de la estrella) había oído a los magos” (15). ¡Criminales, podíais haberos quedado en Oriente! ¡Por vuestra inútil adoración sucumbimos a montones!

---

(15) Mateo, cap. II, vers. 1-16.



—¡Eh, chiquillos; poco a poco!—arguyó Baltasar furibundo—. ¡Quejaos a Dios Padre, que es vuestro asesino!

—¿Dios? Pues, ¿cómo la Iglesia maldice a Herodes?

—Por disimular—siguió el mago—. ¿Por qué el Altísimo, que en Oriente nos anuncia el nacimiento de Jesús-Agni-Mitra, nos oculta que nacerá en el Mitreo de Betlehem? ¿Cómo nos conduce a la ciudad hierosimitana para que Herodes se entere? ¿Cómo no desenfunda de nuevo su estrella sino al salir nosotros de Jerusalem? ¿Cómo se abstiene de toda relación con nosotros hasta vernos en Betlehem? ¿Cómo desencadena entonces la herodiada con decirnos, en sueños, que volvamos a nuestra tierra por otro camino y sin ver a Herodes? ¡Para que os matasen, niños!

—La conducta de Dios Padre—refuerza Gaspar—fué insensata. Sólo entonces dice en sueños al esposo de María: “Toma al niño y a su madre, huye a Egipto y estate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes buscará al niño para matarlo.” (16). ¿No era lo cuerdo hacer parir a María en Egipto? Con llevarnos allá, ¿para qué la degollancia?

—Era necesario—saltó con zumba Herodes—que San Mateo plagiasse otra fuga divina, que narra Nicandro dos siglos antes: “Tifón, hijo de la Tierra y genio de monstruoso aspecto... quiso destronar a Júpiter. Espantados los dioses, huyeron todos a Egipto.”

---

(16) Mateo, capítulo II, vers. 13.



to, salvo Júpiter y Minerva. (17). ¡Cuento viejones!

—Tan viejo—afirmó Gaspar—que la diosa egipcia Isis no sólo huye con su hijo Horo en un borriquín, sino que sirve de modelo para representar a María con su niño en brazos.

—Ya, ya supo Dios lo que se hacía—sigue—no llevándonos a Egipto en busca de un chicuelo de elaboración divina. ¡En serie los hubo allí! Horemheb, Ramsés II, Ramsés III y casi todos los faraones habían nacido, no por obra de un varón, sino milagrosamente. Por eso se llamaban Hijos del Sol. Y si hubiéramos hablado de un celeste Palomo fecundante, nos dijeran, v. gr., que Dios, en figura de cordero, tuvo con la faraona madre a Ramsés II.

—Y no se olvide—interviene Baltasar—que en las murallas del templo de Luksor hallaríamos dibujados la Anunciación, la divina Concepción, el Nacimiento y hasta nuestra Adoración; pero aplicados al insigne Amenofis III, desde dieciocho siglos antes de Jesús; ¡Se luce Dios si vamos a Egipto con la fabulilla de los Evangelios a cuestas!

—Bueno—chilló atiplado uno de los Inocentes—¿Y cómo una historieta del año de la Nana nos costó a 14.000 niños la vida?

—A mi parecer—adujo Herodes I—, el pobre San Mateo sólo pretendió remedar una de las anécdotas del Antiguo Testamento. Acordaos, rorros, de que

---

(17) Citado por Antonino Liberalis, cap. XXVIII



para concluir con un futuro aspirante a rey, el general davidico Joab efectúa, por espacio de seis meses, el exterminio en masa de todos los varones de Edom. Se libra el único temible, Adab. Y huye a Egipto. Y en Egipto sigue hasta la muerte de David, como Jesús continúa en Egipto hasta que me despena San Mateo (18). ¿No está ahí claro el origen de la horrida imbecilidad que se me cuelga?

Melchor disiente:

—El origen inmediato, quizá. Pero el remoto se halla en la costumbre antiquísima de magnificar con leyendas persecutorias el nacimiento de hombres famosos.

—¡Protesto!—chilló el Palomo nuevamente.—  
¡Las leyendas, en la Biblia, son verdad revelada!

—Dices bien, Melchor—apoya Baltasar—. Como que el cuentecillo de San Mateo lo hallamos en la India tres mil quinientos años antes de asentárselo a Herodes. El feroz tirano Kansas degüella todos los niños de la tribu de Yadú, pretendiendo matar al redentor Cristna, concebido milagrosamente por la virgen Devanaguy.

—Y aun recuerdo—sigue—cómo, en remotísimas edades, nació entre los chinos el rey de los So Li o bárbaros del Norte. Su madre lo concibe milagrosamente mientras viaja el esposo. Este, irritado, echa el crío a la porqueriza, ganoso de que los puercos lo devoren. Mas los puercos dan calor al niño con su hálito. Entonces, el cruel lo arroja en la caballeriza

---

(18) 1.º Reyes, cap. XI, vers. 14-21.



para que lo maten con sus pisadas los caballos. Pero los caballos le dan calor con el aliento. Y así, con dos milagros mayores que el de una vulgar huída, logra salvarse aquel celeste niño.

—¡Nada de eso es Revelación!—chilla el Palomo.

—¿Y lo de Gilgamés?—aporta Baltasar—. Su abuelo, porque no cuaje una profecía, clausura en una torre a su hija, impidiéndola tener contacto con varón. Mas la virgen pare milagrosamente, y los carceleros, por temor a la cólera del rey, lanzan al chico de la torre abajo. En el aire, ¡oh maravilla!, le recoge un águila, y le conduce a un huerto, donde lo cría un labrador. ¡Y Gilgamés llega a soberano de Babilonia!

—¿Olvidáis—pregunta Herodes—lo que narra Suetonio en vísperas de inventarse a Jesús-Agni-Mitra? “Pocos meses antes—escribe—de nacer Octavio, un prodigio anunció en Roma públicamente que la Naturaleza engendraba un rey para el pueblo romano. Asustadísimo el Senado, determinó que ninguna criatura de las concebidas aquel año recibiese crianza.” (19). ¿No es esta una forma del cuentecillo que después alinea San Mateo?

Catorce mil ayes de los catorce mil Santos Inocentes corean el dicho.

—Y si todo es puerilidad folklórica—solloza la cortada cabecita parlante—, ¿cómo seguiremos en el Santoral? ¡Abajo la falsa degollina del 28 de diciembre!

---

(19) Suetonio, «Vida de los doce Césares», 94.



—¡Silencio! ¡La Biblia viene de Dios!—insiste el volátil sagrado.

Una carcajada interminable atruena la cumbre. Y entre los espesos batallones de la Inocentada se yergue una sombra.

—¡Silencio en las filas!—dice—. Yo, San Lucas, no menos inspirado que San Mateo, certifico que no hubo degollina. Cuando nació Jesús-Agni-Mitra, Herodes llevaba diez años pudriendo tierra.

—¡Olé tu madre!—exulta Herodes—. ¿Veis cómo es desatino atribuirme la matanza de 14.000 niños en ruín aldea y en sus casi desiertos alrededores? ¿Veis por qué la estéril barbaridad no figura entre los crímenes auténticos míos que reseñan los historiadores?

—Sí—prosigue orondo San Lucas—. Lee mi Evangelio allí donde pongo aquel embuste de que Augusto mandó que “toda la tierra fuese empadronada” (20). ¿Cuándo nace mi Jesús? “Siendo Cirenio gobernador de Siria. (21). Es decir, a los diez años de reinar el sucesor de Herodes, Arquelao. ¿Es o no infundio de San Mateo? ¡Largo, pues, de aquí, degollados por la fantasía!

Pueblan los aires catorce mil gritos de “¡No hubo degollina; fué una inocentada!”, y los catorce mil Santos Inocentes del calendario griego disípanse ve-

---

(20) Lucas, cap. II, vers. 1-2.—(21) Idem, id. versículo 2.



lores, en busca del Santoral para hacer pajaritas con la fábula de la Degollación.

\* \* \*

Herodes estrechó efusivo la mano del evangelista contradictor de San Mateo.

—Gracias, hombre—le dice cordialmente—. ¡Poco que me enfurecía la fama de idiota que debo al episodio de los magos. Toma, en recompensa.

Y le dió un bulto que escondía entre sus ropas.

—¿Qué guiñapo es éste?—demanda, estupefacto, el evangelista.

—Tu ángel. Aquel tan gracioso que, chorreando luz, se aparece a tus absurdos pastores. Lo cogí al vuelo antes. Tómallo y castígale. Cuando reconoces en Cristo un dios solar, diciendo que viene “para dar luz a los que habitan en tinieblas” (22), este angelón se pone, “con una multitud de los ejércitos celestiales”, vulgo *estrellas*, a cometer el plagio de cantar: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (23). ¡Todo para que se arrincone a Dios, alias Jehová, en las bohardillas de la liturgia! ¡Todo para verter, en nombre de Jesús, infinita sangre humana!

—¡La culpa no es mía!—gime el bicho celeste, ali-

(22) Lucas, cap. I, vers. 79. — (23) Id. cap. II, versículo 9-13.



sándose, contrito, el chafado plumón—. ¡Allá San Lucas, que no sabe escribir sin movilizar ángeles y más ángeles! ¡Siquiera San Mateo se apaña con el comodín de los sueños!

—¡Silencio—manda San Lucas—, o llamo al Dios Palomo!

—¡Protesto!—chilla en las alturas el ave de las inspiraciones cristianas—. ¡Los Evangelios son indiscutibles!

Pero el ángel vuelve a sus disculpas:

—Muchísimas veces lo he dicho: Mira, San Lucas, que lo del pesebre lo ignora San Mateo, y descubre el parecido de Jesús con su abuelo Agni. ¡Repara que aun hoy los himnos védicos asimilan el cielo a una caverna rocosa, en cuyos costados se ocultan las vacas lecheras de la Aurora y su señor el Sol! ¡No olvides que recordando el origen solar del Cristo hubo en la cueva del Nacimiento, siglos y siglos, una placa de mármol con un argénteo Sol refulgente!

—Pero en mi Evangelio—arguye San Lucas—no hay caverna.

—Porque lo borró la Iglesia para borrar los orígenes de su culto. Pero hay testimonios de que pudo haber una gruta. Dan fe Orígenes y San Epifanio, que lo leyeron en una versión primitiva (24). Y lo corroboran muchos textos cristianos antiguos (25).

(24) Orígenes, «Contra Celso, Cap. 1-51» San Epifanio, «Adv. Haer», cap. LI. 9.—(25) Justino, «Diálogo con Trifón», cap. LXVIII; Eusebio, «Vida de Constantino», cap. III.



—Es lo mismo—ataja Herodes, mientras los magos, bien de júbilo, ya por quitarse el frío, semejan bailar un zapateado—. Ahí, Angel, tú y tus estrellas cantoras plagiasteis de mal modo un cuento viejo: lo que sucedió en Egipto, no pocas centurias antes, al nacer otro dios heliosístico, el gran Osiris. Lo hallarás en Plutarco: “Una voz clamó desde las alturas del Cielo que había nacido el Señor de todo el mundo.” (26). ¡Confiesa, plagario!

Melchor riendo a caño suelto, proclama:

—Eso de las Anunciaciones, tan común a todos los dogmas, no es más que un tema del folklore agrícola (el anuncio de la Primavera) ingertado en los mitos de naturaleza solar. Vuestra Anunciación equivale al anuncio, hecho anualmente por los sacerdotes egipcios, respecto a la aparición de Sirio, heraldo de la primavera próxima y de la resurrección de Osiris. ¡Emigraciones folklóricas, estimable señor evangelista!

—Protesto! ¡Anatema!—chilla en las alturas el ave de Venus y consocio en la Trinidad cristiana.

—¡No me descubras, Herodes!—suplica San Lucas.

—¡Calla, copista!—bufa, chorreando betún, el negro de la leyenda—. ¿Quién ignora hoy que, por tratarse de un tema del folklore agrario, siempre danzan en él pastores y animales?

—Escucha, evangelista—recalca Herodes—. Si no tuviera necesidad de volverme a mi tumba, menos

---

(26) Plutarco, «Del Isis y Osiris», cap. XIII.



fría que esto, contárate cien casos de Anunciación, manidos ya al escribir tú tu Evangelio. Mas baste con la de Confucio. Al nacer él, quinientos cincuenta y un años antes de Jesús-Agni-Mitra, dos celestes dragones aparecieron sobre la vivienda del niño. ¿No es más bonito que lo de la estrella de Mateo y lo de tu ángel? Cinco ancianos venerables, que representaban a cinco planetas, acudieron allí a adorarle. ¡Como estos sosainas magos! Una melodía dulcísima cayó de las alturas, y oyóse una voz del Cielo clamando: "Este es el Hijo celestial, Hijo divino, por quien la Tierra se puebla de armonías." (27). ¿Te convences de la vejez de tu retrasado chascarrillo?

—¡Ay de mí!—solloza el ángel, tapándose el rostro con las alas—. ¡Copiar un viejo cuento de viejas!

Y, aprovechando un descuido de San Lucas, se echó a volar por la atmósfera llamada Cielo.

—¡Que me desplumen—iba gimiendo—si me vuelven a pillar por ahí abajo!

—¡Socorro, Fiscales!—chilla el Palomo—. ¡Que escarnecen al dogma!

Y se arrancó un puñado de plumas.

\* \* \*

---

(27) Comunicado del mandarín Pung Kwan, en «Report of Parliament of Religious», Londres, 1893; tomo I, pág. 496.



Soltó Herodes la risa, y, despidiéndose de los magos, adujo:

—Adiós, infelices. Sólo me volveréis a ver si algún día logran los teólogos conciliar los inconciliables Evangelios de Mateo y Lucas.

Agur, cuentista—siguió, tendiendo a Lucas la mano—. Y si logras entenderte con tu irreconciliable colega San Mateo, para resolver de modo definitivo de dónde eran vuestra Cristo-Agni-Mitra y su curiosa familia, no dejes de comunicármelo. Me obsesiona que los hagas ir de Nazaret, su pueblo, a Betlehem, para que se cumpla tu ilusitaria profecía (28), mientras San Mateo, manipulando en sentido contrario, los hace ir de Betlehem, su pueblo, a Nazaret, para que se cumpla otra no menos supuesta profecía (29). ¡Ah! Memorias al Espíritu Santo.

Y dándole en la nariz amistoso papirotazo, se des- hizo en los aires, ríe que ríe.

\* \* \*

Los tres árabes se acercaron entonces al mohino evangelista.

—¡Por favor!—suplicáronle—, Convéncenos de que nosotros, sacerdotes del Sol, no cometimos, ni

(28) Lucas, cap. II, vers. I y sig. El viaje sirve para encajar a Jesús en la imaginaria profecía de Miqueas.  
(29) Mateo, cap. II, vers. 23.



aun muerto Herodes, la chiquillada de venir del Oriente, cuna del Sol, a caza de un Dios Sol copiado del nuestro.

San Lucas tendió gravemente la diestra.

—Id en paz, inventores del turismo y del isidrismo. Sí. O mi Evangelio es un papel mojado, o demuestra que no hubo magos, ni estrella, ni persecución del último hijo de virgen, ni escapatoria a Egipto.

—Explicate.

—Según mi cuento, Jesús y los suyos quedan tranquilos en Betlehem (30). A los ocho días, es circuncidado tranquilamente el judío Jesús. Y al transcurrir los treinta y tres en que la supuesta Virgen permanecerá inmunda en la sangre de su purgación." (31), la familia se dirige tranquilamente a Jerusalén, donde nadie oyó palabra de magos, de estrella, ni del susto con que agasajó San Mateo a los hierosimititanos.

—¡Ay!—suspiran, gozosos, los tres árabes.

—Ya en Jerusalem la familia—prosigue Lucas—, acude tranquilamente al Templo, sin ocultaciones ni tapujos. Tranquilamente presenta el niño al Señor y da la ofrenda. Ningún peligro les amenaza, y eso que un Simeón, con buscada publicidad, saluda en el Templo al niño y le reconoce por el Mesías ese que aún aguardan en balde los judíos. En fin, cuando se les antoja, vuelven a Nazaret, sin ir a Egipto ni afrontar

---

(30) Lucas, cap. II.—(31) Levítico, capítulo XII, vers. 2-4 y Lucas, capítulo II, vers. 22.



ningún riesgo. ¡Como que Herodes, ficticio perseguidor suyo, murióse diez años antes!

—Me convences—expuso Baltasar—. Mas, ¿no se los lleva San Mateo a Egipto para que se cumpla la profecía: “De Egipto llamé a mi hijo”? (32).

—San Mateo—ríe San Lucas—inventa una profecía por menos de nada. Esa es, como todas las suyas, un camelo. ¿Por quién dijo esas palabras Oseas? Por Israel, cuando estuvo cautivo allí: “Cuando Israel—escribió—era muchacho, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo.” (33). ¡Hace falta desahogo para convertir eso en profecía!

—Está visto—habló Gaspar—. O miente Mateo, o mientes tú. Herodes está muerto, dices, cuando San Mateo tiene a Jesús por Egipto en espera de que, al morir Herodes, vaya a Nazaret “para que se cumpliera lo dicho por los profetas, que había de ser llamado Nazareno” (34).

—¡Si ningún profeta dijo semejante barbaridad!—protestó Lucas—. Por añadidura, si el Cristo debía ser nazir, nazireo o nazoreo (consagrado al Señor), ¿no constituye desatino confundir esto con llamarle Nazareno porque habitó en Nazaret? ¡Risa para todo el año!

—Y no olvides—asestó Baltasar—que en la época de vuestro cuentecillo no existía Nazaret. Por ello, precisamente, no lo menciona ni una vez el An-

---

(32) Mateo, cap. II, vers. 15.—(33) Oseas, cap. XI, vers. 1.—(34) Mateo, cap. II, vers. 23.



tiguo Testamento. Ea, cofrades—agregó, volviéndose a los otros dos magos—, vámonos ya. Nuestra pueril historia sólo fué anticipo de las futuras inocentadas del 28 de diciembre. ¡Aquí sobran tres!

—¡Memorias a la familia!—mofó San Lucas, al par que magos, camellos y fardeles se volatilizaban por modo súbito y se oía en las alturas el consabido: “¡Protesto! ¡Anatema!”

—Chilla, chilla—murmuró San Lucas—; para mí no hay estrella, sino ángel; no hay magos, sino pastores...

—¿Qué blasfemas?—dijo el Palomo, cayendo sobre él con furia.

Mas antes de que Lucas respondiese, irrumpieron en la pelada cumbre docenas de pastores, muy poco idílicos con las hondas y lanzas de que iban armados en lo antiguo. Al verlos, el Palomo volvió a remontarse y desapareció, por si las moscas.

—¡Aquí está el falsario! ¡Aquí está!—vociferaban como energúmenos—. ¿Conque no hay magos, sino pastores, eh?

—¿Qué queréis de mí?—repuso Lucas temblando ante aquellas sombras enfurecidas.

—¿Qué queremos?—respondió uno de los tales—. ¡Di, camelista! ¿Por qué cambias nuestras costumbres tradicionales para ponernos en ridículo? ¿Desde cuándo los pastores de aquí velamos por turno durante la noche? ¿Quién nos ha visto, ya en diciembre, ya en enero, acampar con nuestros ganados al aire libre donde ni hay árboles ni abrigo? ¿Sabes



tú lo que es el viento invernal del Oeste en estos riscos?

—Perdón—adujo Lucas, retrocediendo—. Nunca estuve aquí. Olvidé que mi cuento pasaba en lo peor del invierno. Así os hago que veléis “guardando las vigiliás de la noche sobre el ganado”. Mas ya sabéis que los Evangelios no son Historia.

—¡Ni aun en verano velan aquí los pastores!—protestó con violencia uno de ellos—. Nuestra costumbre veraniega es dormir vestidos entre el ganado.

—Mira, San Lucas—advirtió el cabecilla pastoril. Fíjate, para que, si inventas otro Dios, no escribas inexactitudes. Nosotros no estábamos en vela, ni en donde pudiéramos oír a tu saleroso ángel dando voces por los cielos. ¿Te quieres cerciorar? Oye un dicho de esta tierra: “Durante diciembre y enero, no salgas de tu vivienda, ¡insensato!” Aquí, ¿te enteras?, no duerme nadie a la intemperie desde el 14 de septiembre. Además, las reses de pasto, “midbaryot”, sólo pasan las noches fuera del poblado desde abril hasta el comedio de septiembre. Tus pastores, pues, resultan cosa tan bufa como los magos de San Mateo. ¡Y nosotros, a fuer de pastores, protestamos con energía contra tus inverosimilitudes!

—Máxime—chilló, irascible, otro—porque nos haces ir y hallar a Jesús en un pesebre. ¿Cómo no te informaste al encajar aquí esa consejilla de otros países? ¿Qué es eso de pesebre por acá?

—En Palestina—razonó el jefe del grupo—, o se le pone al ganado su pienso en colgante bolsa, o se le echa por el suelo. ¡Pues sí que nos andamos con re-



quilorios ! ; Pesebres, los que comenzamos por formar en el suelo todas las noches nuestra mísera cama ! Ve, cuentista ; ve, observa cómo aun hoy viven aquí los aldeanos con sus animales, y te abochornarás de tus invenciones.

Todo compungido, replicó San Lucas :

—Pero yo acudí alguna vez a la iglesia de la Natividad, y en la cueva del Nacimiento he visto...

—¿Qué viste?—demandó el cabecilla—. Que hay unas escaleras para bajar adonde suponéis hubo ganado. Que allí aparece una red de subterráneos, la misma de cuando la cueva fué Mitreo. Que en una de las habitaciones subterráneas han cometido los frailes la superchería de abrir un nicho en la pared y presentarlo como el lugar donde estuvo el pesebre. ¡Qué de imposturas ! ; Como si en este país se acostumbra cavar nichos para poner pesebres !

—Siquiera San Mateo—dice un zagalote—procura no robar historias de pesebres en religiones más antiguas. Presenta en Betlehem a María como si viviese allí. Rehuye la patarata de no haber lugar para ella y su esposo en el mesón... (35). Mas tú, ¡desdichado ! crees que el aldeucho de Betlehem, adonde sólo acudían los nómadas para hacer sus compras y largarse muy luego, tenía el concurso de viajeros que un Jerusalem...

—Como dije lo del empadronamiento...

—¡Ignorantón !—replica un viejo—. Aunque lo hu-

---

(35) Mateo, cap. II, vers. 1 ; Lucas, cap. II, vers. 7.



biese habido. Si se operó a la romana, os hubiéseis empadronado en el lugar donde vivíais. Y de hacerse con atencencia a costumbres judías, José no necesitaba llevar a su esposa. Mas doy por bueno tu embuste. ¡Ignoras que al no haber lugar en el mesón habría remediado el percance nuestro nunca desmentido proceder hospitalario? Todo, todo en tu cuento es inadmisible. ¡Zafia conseja que pretende semejar historia!

—¡Silencio, herejes!—gritó San Lucas—. ¡Oíd!

De la iglesia de la Natividad subían cánticos solemnes en conmemoración del nacimiento de Jesús-Agni-Mitra, último hijo de virgen y último de los dioses solares que nacen en el solsticio de invierno.

—¿Véis, pastores?—siguió Lucas, señalando con un dedo hacia la iglesia—. Vosotros me habláis en nombre del buen sentido; yo os arguyo con el dogma, que no cuenta con el buen sentido para nada. Hoy siguen adorando los hombres, con otro apelativo, lo que ya adoraban cinco centurias antes de Jesús. Y así se cumple una “profecía” la sola que indiscutiblemente vemos cumplida. ¿Cuál? Aquella del Eclesiastés: “*Stoultorum infinitus est numerus*” (I, 15). “El número de los necios es infinito.”

*Augusta Vivera*



# “La Novela Proletaria”



Esta incomparable serie lleva publicados los números siguientes:

- |                                                                |                                                           |
|----------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------|
| Núm. 1.—«Sindicalista de acción», por Augusto Vivero.          | Núm. 13.—«Infamias», por A. Jiménez.                      |
| Núm. 2.—«Una pedrada a la virgen», por José Antonio Balbontin. | Núm. 14.—«La ley de fugas», por Emilio Mistral.           |
| Núm. 3.—«Las Animas Benditas», por Eduardo Barriobero.         | Núm. 15.—«Abel mató a Caín», por Ramón Franco.            |
| Núm. 4.—«La caída del Dictador», por Angel Pestaña.            | Núm. 16.—«Un periodista», por Ramón Magre.                |
| Núm. 5.—«Mi dama y mi star», por Angel Samblancat.             | Núm. 17.—«El enchufista», por A. Vivero.                  |
| Núm. 6.—«¡Pero mató a un burgués!», por Carrasco.              | Núm. 18.—«Noche Roja», por R. Soriano.                    |
| Núm. 7.—«Las calaveras de plomo», por Salvador Sediles.        | Núm. 19.—«¡Resignación, hermanos!», por Salvador Sediles. |
| Núm. 8.—«El Confidente», por Eduardo de Guzmán.                | Núm. 20.—«El Agente confidencial», por César Falcón.      |
| Núm. 9.—«A tiro limpio», por Augusto Vivero.                   | Núm. 21.—«¡La guerra que viene!», por Augusto Vivero.     |
| Núm. 10.—«La Bomba», por Rodrigo Soriano.                      | Núm. 22.—«¿Quo Vadis, burguesía?», por Hildegart.         |
| Núm. 11.—«Un ensayo revolucionario», por Mauro Bajatierra.     | Núm. 23.—«La lucha del soldado rojo», por E. Madarasz.    |
| Núm. 12.—«¿Dónde está Dios?», por César Falcón.                | Núm. 24.—«El traidor», por G. Nazarli.                    |

Se sirve toda la colección con el 30 por 100 de descuento.

Ayuntamiento de Madrid



# Tesoro de la literatura revolucionaria

## ¡UN ACONTECIMIENTO EDITORIAL!

Sin retroceder ante sacrificios, LA NOVELA PROLETARIA publica la incomparable serie de narraciones llamada TESORO DE LA LITERATURA REVOLUCIONARIA.

¡Todas, obras desconocidas en España!

¡Todas, de autores que han vivido los episodios que relatan!

He aquí algunos títulos de esta magna colección, que no publicará ninguna Editorial burguesa:

1.º, LA LUCHA DEL SOLDADO ROJO, por EMILIO MADARASZ (núm. 23 de LA NOVELA PROLETARIA), 2.º, EL TRAIOR, por G. NAZARLI; 3.º, LA MUERTE DEL REVOLUCIONARIO TADJIK, por ADREDDINE AYNÍ; AMOR COMUNISTA, por ALEJANDRA KOLONTAY; 4.º, LUCHA A MUERTE, por MARKO MARTCHEVSKI; 5.º, ESTAMPA DE LA REVOLUCIÓN, por G. KOSINKA; 6.º, MATANZA DE JUDÍOS, por ISAAC BABEL; 7.º, LA CAMARADA Y LA PROSTITUTA, por ALEJANDRA KOLONTAY; 8.º, EL ERMITAÑO, por MÁXIMO GORKI.

Esta colección será una joya incomparable, sin igual en España.

Ejemplar, 25 céntimos.

Pedidos a

  
**Ediciones Libertad.**  
Ayuntamiento de Madrid MADRID